

(VI)

María y la actividad misionera

La Iglesia adopta, cada vez con mayor fidelidad, la manera de Cristo, a quien hace presente, ofreciendo a todos los hombres, en brazos de María, la salvación esperada. La práctica misionera está abandonando metodologías evangelizadoras muy influenciadas por las complejas tácticas que la actividad humana se impone. El simple signo: la Cruz del Señor y la imagen sagrada de la Virgen, cualquiera sea su advocación, antecede y acompaña la acción misionera de la Iglesia. Algunos con mucha razón, afirmarán que la acción misionera que proyectamos y ejecutamos acompaña a la actividad de Dios que se desarrolla, en el pueblo, por mediación necesaria de María. Dicha presencia mediadora se expresa en las imágenes que la hacen presente entre los que entienden lo que Dios así les revela.

Lo que sí comprobamos es que María devuelve a quienes se acercan a ella la niñez perdida o la pobreza como niñez recuperada. De esta manera predispone los corazones para recibir el Reino e ingresar en él. La Iglesia es la casa paterna donde, por medio de la Madre, se nos prepara para hacernos cargo de nuestras responsabilidades de adultos en la fe. La misión nos hace pensar en la vida misionera de Jesús. Junto a María se prepara durante treinta años y, luego, ella misma lo acompaña solícitamente hasta la Cruz. Los momentos diversos, en el desarrollo de la Iglesia, han expresado una constante tendencia a concretar el diseño salvífico que Dios ha mostrado como enteramente suyo, desde Pentecostés. Cada época culmina con una síntesis. Cada síntesis es la formulación simple de lo que se ha elaborado analíticamente durante jornadas históricas trabajosas. La síntesis actual, para encarar el tercer milenio, es la Nueva Evangelización mediante una vida misionera pobre, alentada por el Espíritu y asistida maternalmente por María.

Apertura de nuevos mundos: 1492-1969

(Documentos igualmente augurales)

Raúl H. Castagnino*

Dos aventuras

Octubre de 1492: un visionario, casi un obseso que con insistencia y reiteraciones convenció a monarcas y poderosos y mereció de los escépticos la tacha de "loco", vislumbra la confirmación de sus sueños al arribar a una tierra ignota, presupuesta como Indias, según el encabezamiento de la comunicación a Rafael Sánchez, Tesorero de la Corona del 14 de marzo de 1493: "A quien es muy deudora nuestra época, acerca de las islas de la India, hallada poco ha sobre el Ganges, y a cuya conquista había sido enviado ocho meses hizo, y a expensas de los invictísimos Reyes de las Españas Fernando e Isabel. . ." ¹.

Julio de 1969: el hombre, vislumbrando posibilidades de explorar el espacio incommensurable, incorpora a su experiencia directa la magnitud sideral y pone pie en la luna. La aventura selenita, en algún sentido, invita al paralelo con la otra hazaña trascendente del pasado: la del siglo XV, que incorporó un nuevo continente al orbe conocido. Sin embargo, este apareamiento deberá arrancar de una básica diferenciación: en 1492 la humanidad tardó meses en conocer el verdadero alcance de lo que unos pocos y desconectados navegantes habían descubierto; en cambio, en 1969, merced al adelanto de los medios de comunicación, el mundo entero siguió paso a paso la empresa hazañosa de los astronautas y hasta puede decirse que fue copartícipe de la misma al observar, por medio de las pantallas televisivas, cada una de las alternativas vividas en el claustro hermético de la nave espacial hasta el alunizaje.

Llegados a la luna, los astronautas enfrentaron perspectivas que antes ningún ser terrestre tuvo delante de los ojos. Simultáneamente con ellos, la huma-

* Presidente de la Academia Argentina de Letras

¹ Martín Fernández de Navarrete: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Biblioteca de Autores Españoles, volumen 75, Madrid, Ediciones Atlas, 1954, Tomo I, pág. 172.

nidad experimentó una gran decepción: falta absoluta de manifestaciones de vida, una naturaleza monocromática, una realidad selenográfica carente de estímulos atrayentes. En cambio, cuántos fueron los descubrimientos de la gente de Colón.

Angustias circunstanciales, también compartidas, enmarcaron el regreso de los astronautas: expectativa de sincronizado acople de la cápsula propulsora y del módulo, del exacto ajuste técnico. Hasta que el reordenamiento de los sistemas devolvió a los intrépidos viajeros a la atmósfera terrestre. Siguieron, luego, los cuidados para readaptarlos a los efectos de la depresión, la cuarentena precaucional para evitar presuntas propagaciones de extrañas y desconocidas contaminaciones y, por fin, los requerimientos para que estos nuevos héroes del siglo XX concretaran las personales impresiones sobre lo visto y observado en el planeta de los poetas. Estas manifestaciones, bien pagadas y difundidas internacionalmente por agencias de publicidad y prensa, no ofrecieron para el público en general -que había visto las mismas cosas por las pantallas televisivas y que también había conocido directamente el modo de vida en el interior de la nave espacial-, suficiente novedad y pasaron sin pena ni gloria. Tal vez el tiempo deba revalorarlas como documentos históricos.

A propósito de ellas, sentí como una invitación a releer las impresiones que para sus protagonistas provocó la empresa de 1492. Y debo confesar que en la confrontación experimenté un regusto diferente ante los textos colombianos, ante su *Diario* y ante la más antigua carta conservada con las noticias del descubrimiento de las islas San Salvador, Santa María de la Concepción, Fernandina, Isabela y Juana, según las rebautizaron nombres españoles.

Pero si los astronautas registraron, por proposiciones de empresas periodísticas, menciones superficiales y externas destinadas al gran público, una nueva circunstancia los puso frente a otra expectativa: el 16 de septiembre de 1969 debieron presentarse frente al Congreso de los Estados Unidos, reunido en sesión plenaria, a dar cuenta de la misión, con mayor rigor y trascendencia; rendición e informe que, en lo futuro, los historiadores deberán acoplar forzosamente a aquellas páginas periodísticas antes conocidas.

Declaraciones de los astronautas

Neil A. Armstrong, Edwin E. Aldrin y Michael Collins fueron, dicho día, calurosamente recibidos y ovacionados por senadores y diputados, a quienes se dirigieron en sendas exposiciones². Aldrin expresó que, con orgullo y humildad, podría decir, junto con sus compañeros, lo que ningún hombre pudo decir anteriormente: "Caminé en la luna". Reconoció que esto fue posible porque, detrás de ellos, miles de técnicos trabajaron atentos y porque las tentativas de

² Textos tomados de la transcripción de los discursos, aparecidos en el *New York Times* del 17 de septiembre de 1969.

naves espaciales anteriores (Mercury, Geminis, Apolo), tripuladas o no, habían sentado etapas indispensables para la culminación del alunizaje. Calificó la hazaña como proyección científica y caracterizó las etapas de logros espaciales como símbolo del sentido de vida americano, de puertas y ventanas abiertas hacia el mundo, capaz de exhibir sucesos particulares e íntimos, virtudes y defectos. Estimó lo realizado como esperanza de futuro y en las entrelíneas del discurso se advertía que frente a las campañas políticas tendientes a disminuir los recursos económicos destinados a investigaciones espaciales, estaba requiriendo que el ritmo de las búsquedas e inversiones no disminuyera; por el contrario, que se dieran pasos positivos para acrecentarlas.

Collins intentó una escapatoria histórico-literaria al señalar que piedras y muestras recogidas en la luna, podrían aparearse a la Piedra Roseta, hallada en Egipto por Champollion y aprovechada para descifrar misteriosos lenguajes del pretérito: en el caso lunar, enigmas del origen y de la edad de los sistemas planetarios. Y continuando en su tono técnico-sentimental, explicó que, mientras surcaban el espacio, ya fuera de la órbita terrestre, entre el brillo solar de un lado y la claridad lunar de otro, muchas veces debieron apelar a una especie de rotación e inversión de la nave -semejante, dijo, a la rotación impresa a un pollo cuando se asa "allo spiedo"-; rotación que al darles oportunidad de mirar ora hacia la luna, ora a la tierra, ora hacia Marte, "siempre -subrayó intencionalmente- nos invitaba a mirar hacia nuestro futuro en el espacio para que lo puede proporcionarnos nuevas Indias".

Entró, luego, en no menos intencionadas consideraciones de tipo social, al apuntar que la hazaña y la inversión financiera requerida para cumplirla no implican ignorar dificultades terrestres próximas: pobreza, hambre, necesidad, lucha por los derechos cívicos, segregación, violencia y perturbaciones cruentas. "La inteligencia humana -concluyó- no puede detener su marcha progresista, el avance hacia el futuro de la ciencia. El hombre siempre ha ido ganando fronteras nuevas para ella". Y remató la exposición con una actitud semejante a la de los antiguos descubridores y conquistadores del siglo XV, recordando que pudo haber oído decir a Armstrong: "Vengo a este lugar desde los Estados Unidos de América". Aunque no le oyó declarar: "Y tomo posesión de él en nombre de mi país".

Con estas palabras alude, sin duda, a la anotación del *Diario* de Colón, quien al consignar las actividades del "Jueves 11 de octubre" -y abarcando también, las del día siguiente- apunta: "El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodríguez Descovedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de dicha isla por el Rey é por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requirían. . .".

La exposición final la cumplió Armstrong. Hizo una interesante reflexión de tipo científico-literario al explicar que había puesto pie en el Mar de la Tranquilidad en el frío de una temprana mañana lunar, cuando las largas sombras parecían ayudar las percepciones de los viajeros. "El sol, en la base de la Tranquilidad, a menos de once grados, una pequeña fracción prendida del mes lunar, daba una peculiar sensación de la dualidad del Tiempo -veloz empuje de los sucesos que caracteriza nuestras vidas- y el notable desfase que construye la dirección y duración del universo. Ambas clases de tiempo eran evidentes: la primera, por la rutina de las tierras de vuelo, planeadas y ejecutadas con detalles de fracción de segundo; la otra, por las rocas que nos rodeaban, inmutables más allá de la historia del hombre, y cuyos secretos de tres billones de años de antigüedad, constituyen el tesoro que veíamos".

Aludió, en seguida, a la placa con el águila simbólica, depositada, síntesis de las esperanzas implícitas en su mensaje: "Aquí los hombres del planeta Tierra, ponen su pie en la luna, por primera vez, en julio de 1969 (D. de C.)". Y acotó: "Llegamos en paz para toda la humanidad". Observó más adelante: "El hombre puede comprender el universo en el orden de comprender su destino. El misterio, sin embargo, es un muy necesario ingrediente de nuestras vidas. El misterio crea maravillas; la maravilla es la base para los deseos de comprender del hombre. Quién sabe qué misterios serán resueltos durante nuestras vidas y qué nuevos enigmas sobrevendrán para desafiar a las nuevas generaciones. La ciencia no ha dogmatizado profecías. No obstante, predecimos bastante para el año próximo, pero muy poco para los diez siguientes. Responder a los desafíos es uno de los grandes esfuerzos de la democracia".

Similitudes y diferencias

Algo surge evidente de las palabras de estos tres arriesgados viajeros espaciales: cumplido el objetivo, lo visto y observado los defraudó. Faltó en ello el deslumbramiento de una revelación inusitada, semejante a la experimentada por los hombres de Colón. Lo experimentado sólo suscitó en ellos un tipo de reflexión y de pensamiento intelectualizado, exteriorizable en meditaciones sobre el esfuerzo científico y las posibilidades abiertas a la ciencia para indagar misterios de índole pretérita. Nada de vida, nada que despierte impresiones de carácter estético. Y es del caso comparar cuán diferente fue el tipo de asombro experimentado por el hombre del siglo XV que pudo relatar la intuición de un mundo nuevo, que incorporó un continente desconocido a la geografía entonces transitada. "Colón -apunta Germán Arciniegas-, para hacer la operación América, acabó volviéndole las espaldas a la razón. Su punto de partida para el cambio de lo racional a lo sobrenatural ocurre en la docta Salamanca. Llegó allí con lo poco o mucho que sabía de Toscanelli, que era ciencia. Se le respondió,

para explicarle que lo que decía era inaceptable, con la Biblia en la mano y los Santos Padres en la memoria. Cautó, Colón cruzó la frontera. No volvió a hablar de ciencia. Llegó a decir: 'En esto del descubrimiento no me han servido de nada los mapamundos: en mí se han cumplido las profecías'." ³

No obstante, hay similitudes entre una y otra aventura, hasta en los procesos previos. Así como no se requiere mayor perspicacia para advertir que, de no existir todo un encadenamiento de comprobaciones científicas -a partir del hallazgo de la fórmula de la relatividad, por ejemplo-, que permitieron el planeamiento de contactos con otros planetas -comprobaciones sostenidas, claro está, por un inmenso esfuerzo económico-, existieron, también, una larga serie de presunciones anteriores -el caso de la hipótesis de la redondez de la tierra y de las afirmaciones de Toscanelli de que navegando hacia el occidente se llega a oriente, pongo por caso- que canalizaron antecedentes de la aventura colombiana, también signada por razón económica.

Lanzados a la empresa, los hombres de Colón soportan vicisitudes no muy distintas que las de los viajeros espaciales. Los astronautas encerrados han superado crisis de claustrofobia, previstas y paliadas con entrenamientos previos. Los tripulantes de las naves de Colón, según consta en Real Cédula que deja en suspenso las condenas que cumplían, -"Previsión de los Reyes mandando suspender el conocimiento de los negocios y causas criminales contra los que van con Cristóbal Colón fasta que vuelvan"-, cuya parte resolutive establece: "A cada uno, é cualquiera de vos á quien esta Carta fuere mostrada, ó su traslado signado de Escribano público, salud é gracia. Sepades que Nos mandamos ir á la parte del mar Océano a Cristóbal Colón á faser algunas cosas cumplideras a nuestro servicio, é para llevar la gente que ha menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro a las personas que con él fuesen, porque de otra manera no querrían ir con él a dicho viage, é por su parte nos fue suplicado que ge lo mandasemos dar, ó como la nuestra merced fuese: é Nos tovismolo por bien. E por la presente damos seguro á todas é cualquier persona que fueren en la dichas carabelas con el dicho Colón, en el dicho viage que hace por nuestro mandato a la parte del dicho mar océano, como dicho es, para que no les sea fecho mal ni daño, ni desaguizado alguno en sus personas ni bienes, ni en cosa alguna de lo suyo por razón de ningún delito que hayan fecho ni cometido hasta el día de la fecha desta nuestra Carta, é durante el tiempo que fueren é estovieren allá con la venida á sus casa, é dos meses después. Porque vos mandamos á todos, é a cada uno de vos en vuestros logares, é jurisdicciones, que no conoscáis de ninguna cabsa criminal, tocante a las personas que fueren con el dicho Cristóbal Colón en las dichas tres carabelas, durante el tiempo susodicho: porque nuestra merced é voluntad es que todo ello esté así suspendido. . ." [30]

³ Germán Arciniegas: *El continente de siete colores*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965. Cap XXI, pág.638

de abril de 1492], a pesar del entrenamiento del encierro carcelario, en la soledad infinita del océano inmenso, han sobrellevado crisis de desesperación y angustia, reflejadas en el *Diario* del Almirante (Las jornadas de la derrota colombina, en la anotación del "Lunes 17 de septiembre", registran: "Temían los marineros y estaban penados y no decían de qué". En la correspondiente al "Sábado 22 de septiembre" asientan: "Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver a España"; apreciación que repite al día siguiente, cuando súbitamente se encrespa el mar, con este agregado libresco: "Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen que los sacaba del cautiverio". La angustia de la tripulación y su thalatófobia fue creciendo y el "Miércoles 10 de octubre" Colón debe consignar: "Aquí la gente ya no podía sufrir"). La derrota colombina, desde la soledad marítima, fue revelando un firmamento desconocido. Los astronautas surcan ahora ese mismo firmamento con rumbo vertical y ascendente.

Pese a todas las prospecciones y medios técnicos que marcan la mayor diferencia entre ambas hazañas, subsiste, sin embargo, algo que magnifica la aventura del descubrimiento del nuevo mundo: los viajeros espaciales estuvieron en permanente contacto con la base que los lanzó; fueron dirigidos y controlados desde ella, sabían a dónde iban; tal vez, en buena medida, actuaron como instrumentos o autómatas. Los hombres de Colón cortaron el cordón umbilical; se desligaron de todo contacto con el mundo conocido, quizás, por ello, se hayan sentido más humanos.

Otra diferencia, también favorable a los navegantes del siglo XV, se traduce en lo hallado, lo visto y observado por primera vez. El hombre del viejo mundo llega, al fin, a una tierra nueva, misteriosa; ese enfrentamiento con lo desconocido entraña una revelación inmediata: ese continente ignorado tiene vida: animales, vegetales, hombres; produce suscitaciones de tipo emotivo, impacto en las sensibilidades, reacciones estéticas. Con sólo recorrer la célebre carta colombina de 1493, se descubren emociones particulares no experimentadas por los astronautas al posar sus plantas en otro planeta; y se descubre que con esas emociones, traducidas en letra, se inaugura la expresión literaria Nuevo Mundo.

La reacción colombina

Aunque todos son igualmente ilustrativos, juzgo que el documento enviado por Colón a la Corona por intermedio de Rafael Sánchez, tesorero de los Reyes Católicos, fechado en Lisboa a 14 de marzo de 1493, tiene especial sabor. Hay en él una descripción física de las islas, que el entusiasmo del Almirante convierte en paisaje: "Todas estas islas -expresa- son muy bellas y presentan varias

perspectivas: son transitables y llenas de mucha diversidad de árboles de inmensa elevación, y creo que conserven en todo tiempo sus hojas, porque les vi tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de mayo; unos colmados de flores, otros cargados de frutos, ofrecían todos la mayor hermosura a proporción del estado en que hallaban y según la calidad y naturaleza de cada uno. . . Hay montes sublimes y agradables a la vista, dilatados sembrados, bosques, campos feracísimos y todos muy en proporción para sembrar, para pastos y para edificar edificios; la comodidad el primor de sus puertos y la muchedumbre de los ríos contribuye a la salubridad, excede a cuanto pueda imaginarse, a no verlo. . ."⁴

El asombro ante la exhuberancia tropical y la perenne verdura vegetal es semejante al despertado por la visión del hombre nuevo, que aparece a su vista: "Los habitantes de uno y otro sexo. . . andan siempre desnudos como nacieron, a excepción de algunas mujeres que cubren su desnudez con alguna hoja verde o algodón o con algún velo de seda que ellas fabrican para ese objeto. . . Son muy sencillos y de buena fe y espléndidos con cuanto tienen. . . No conocen idolatría, antes bien creen con toda firmeza que toda fuerza, todo poder y todos los bienes existen en el cielo, y que yo he bajado de tan alta mansión con mis naves y marineros. . . No son perezosos ni rudos, sino de un grande y perspicaz ingenio. . ." Estas observaciones transmitidas en la carta repiten las asentadas en el *Diario*, que ofrecen mayor espontaneidad: "Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza y todos los que yo ví eran mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras; los cabellos gruesos cuasi como seda de cola de caballos, e cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos sólo los ojos, y dellos sólo la nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen ningún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo venían gentes de otras islas que estaban cerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, e creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto

⁴ Navarrete: op. cit.: pág. 174, 175.

dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo placiendo a nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V.A. para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide; salvo papagayos en esta isla".

En su carta, Colón echa a circular algunos errores, leyendas y, con reminiscencias literarias, asimila viejos mitos occidentales. Lanza por ejemplo, la especie del "Ruiñeñor de Indias", tan grata luego a los poetas⁵, y la de la existencia de hombres con cola. Aplica correlaciones del mito de las Amazonas al informar: "Ciertas mujeres habitan solas en la Isla Manténin. . . No se dedican a labor propia de su sexo, pues usan armas y dardos y se ponen por defensa láminas de cobre. . ." Puntualizando, en otro pasaje, que estas mujeres sólo se unen a feroces guerreros, de hábitos caníbales y largas cabelleras, que despiertan un miedo incalculable al resto del sexo femenino"⁶

La rendición de cuentas de los astronautas supone refirmación de confianza en la ciencia, reclamo financiero y pocas esperanzas de posibles beneficios económicos que provengan de la conquista lunar. La de Colón, comprensiblemente, se cierra con una acción de gracias: "Así pues el Rey y la Reina, los Príncipes, y sus reinos felicísimos como toda la Cristiandad tributan a Nuestro Salvador Jesucristo que nos concedió tal victoria y prósperos sucesos.

Celébrese procesiones, háganse fiestas solemnes: llénense los templos de ramas y flores; gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver próxima la salvación de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos, así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar la España sino toda la Cristiandad".⁷

Dejando de lado los respectivos contenidos, las distintas reacciones ante lo nunca visto que de un modo u otro expresan tanto los testimonios de los viajeros lunares como los de Colón; dichas piezas, al convertirse en documentos, se han mancomunado en especial significación: con ambos arranca una nueva era; sientan el comienzo de otra faz de la Historia. Son igualmente augurales: ambos abren nuevos mundos.

La unificación lingüística del castellano

Arturo Berenguer Carisomo *

El próximo octubre de 1992 toda Iberoamérica celebrará, Dios mediante, los quinientos años de un acontecimiento que, como decía el cronista de Indias Francisco de Gómara, había sido el más trascendente en la historia del hombre después de la creación del mundo y de la encarnación y muerte del que lo creó: el descubrimiento de América.

I - La unificación

Tal acontecimiento fue en su punto de partida -aquel 3 de agosto de 1492 en que zarparon de Palos las tres carabelas colombinas- una genial empresa promovida por el reino de Castilla luego de haber logrado como poderoso estimulante la unidad política, religiosa y lingüística de casi toda la península.

La primera, en 1474, cuando el poderoso Aragón se une a Castilla con evidente predominio de ésta sobre aquél, porque si bien Fernando, el *astuto re*, como lo calificaba Maquiavelo, era un político sagaz y nada torpe en el teje-maneje diplomático de Europa, su mujer, era de inteligencia más clara e intuitiva, decisión más firme y un poder de persuasión finísimo y agudo; con razón afirmaba Julián de Medicis el Magnífico que el aragonés había recibido con ella dote no menos valioso que el mismo reino de Castilla. La unidad política estaba consumada y de hecho -aún conservando algunos fueros y privilegios- sometidos al predominio castellano los viejos territorios independientes: el antiguo reino leonés que abarcaba Galicia, Oviedo y Asturias, y, por el este peninsular, los condados de la llamada Marca Hispánica.

Quedaba pendiente la unidad religiosa no alcanzada en ocho siglos, desde el 710 en el que los árabes invadieron al cristianizado pueblo visigodo; es cierto que unos cincuenta años después de las Navas de Tolosa -1212- en que una coalición de castellanos, navarros y aragoneses les infligieron una aplastante derrota y por conquistas posteriores -Toledo, Sevilla, etc.- los musulmanes habían quedado confinados y reducidos al reino de Granada donde el 2 de enero de 1492 entraban triunfantes los Reyes Católicos.

Quedaba lograda la unidad religiosa en razón de que la flotante población *morisca* de árabes supuestamente conversos si podían significar una amenaza latente no disponían de coherencia política ni de culto ostensible; se man-

* Ex-Director de la Escuela de Letras de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

⁵ Op. cit.: pág. 175: "Cantaban el ruiñeñor y otras varias e innumerables aves, y cantaban en el mes de noviembre, que era el tiempo en que yo registraba país tan delicioso".

⁶ Loc. cit.: pág. 179.

⁷ Loc. cit.: pág. 181.